

Y

3791
Ej. 1
1892

UN PRÓLOGO

FAES
Biblioteca

Y

UN DISCURSO

UNIVERSIDAD
EAFIT

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental
1892

BOGOTÁ

IMPRESA DE "EL PROGRESO."

Calle 14, números 57, 61 y 63.

UNIVERSIDAD EAFIT

BIBLIOTECA

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

UNIVERSIDAD EAFIT

UN PRÓLOGO DE RENAN

TRADUCIDO PARA "EL ESPECTADOR"

POR

R. U. U.

UNIVERSIDAD
EAFIT

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

1892

BOGOTÁ

IMPRESA DE "EL PROGRESO."

Calle 14, números 57, 61 y 63.

UNIVERSIDAD EAFIT

TRADUCCION PARA EL PROFESOR

UNIVERSIDAD

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

2001

F/3791

Ej. 1

1892



HOJAS SUELTAS

**UNIVERSIDAD
EAFIT**

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

Con este título acaba de publicar la casa editorial francesa de Calmann Lévy una nueva obra del gran Ernesto Renán, como continuación de la ya conocida en el mundo literario: *Recuerdos de Infancia y Juventud*. Hé aquí el prefacio del nuevo libro, que es una especie de testamento filosófico y profético, donde los políticos del día y los lectores timoratos hallarán cláusulas que les corresponden.



Donación 21-95

[Faint, illegible text at the top of the page, possibly bleed-through from the reverse side.]

[Faint, illegible text in the middle of the page, possibly bleed-through from the reverse side.]

**UNIVERSIDAD
EAFIT®**

**Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental**

[Faint, illegible text at the bottom of the page, possibly bleed-through from the reverse side.]

P R E F A C I O

La composición de este volumen me fué sugerida por mi querido amigo Calmann Lévy, en una de las últimas visitas que me hizo en el *Colegio de Francia*, hacia fines del pasado Mayo. Suputábamos juntos el retardo que aún tendría el cuarto volumen de la *Historia del Pueblo de Israel*, y como resultase de nuestro cálculo que no aparecería sino hacia fines de 1892: “¿No podría usted, me dijo Calmann, darme mientras tanto un volumen de miscelánea para el invierno próximo?” Le enumeré, efectivamente, algunos artículos instructivos que jamás habían sido reunidos. “Nó, me dijo; tómeme usted esta vez como eco del público: lo que queremos de usted en este momento es un volumen por el estilo de sus *Recuerdos*; interesante para todos, sencillo, personal.—Cierto que tengo algunas viejas historias bretonas, y que acaso se me ocurran otras; pero se necesitan años para que eso llegue á ser volumen.—También tiene usted discursos cortos, brindis en Bretaña, conferencias, ¿no podría usted hacer con todo eso un tomo que fuese como continuación de los *Recuerdos*?”

Varias veces he echado en cara á los espíritus de nuestro tiempo el ser demasiado subjetivos, que se ocupen excesivamente de sí mismos, y que no se dejen arrastrar y absorber lo bas-

tante por el objeto, esto es, por lo que tienen delante: el mundo, la naturaleza, la historia. Hablar mucho de sí mismo es siempre malo, puesto que eso supone que piensa uno mucho en sí mismo, y el tiempo empleado en ello es un robo hecho á Dios, como se habría dicho antaño. Cuando comenzaba á publicar en la *Revista de Ambos Mundos* la serie de mis confidencias, tropecé una ocasión con Julio Sandeau, quien me dijo que había gozado singularmente leyendo esas páginas. *Dulcia vitia*, le respondí; el público, indulgente hoy, se vengará algún día. ¿Cómo sabré cuándo estará á punto de cambiar de opinión?—“Nó, Renán, me dijo: el público estará siempre satisfecho cuando le hable usted de sí mismo.” El sentir de Sandeau me ha llevado algo lejos quizá; pero que se tranquilicen mis amigos más severos, los que califican de frivolidades estos librejitos: no volveré á escribirlos. Traigo hace algún tiempo un juego muy peligroso: hablar incesantemente de morir, y continuar ocupando el puesto que jóvenes de genio tienen prisa en tomar! Miedo me da que de un momento á otro no me exijan el cumplimiento de mi palabra: por eso me detengo.

Pocos días después de la conversación que tuve con mi amigo Calmann, supe una mañana el golpe fatal que nos lo arrebató. Grande fué mi dolor: Calmann era uno de los mejores hombres que he conocido; era verdaderamente de la tribu de los que quieren la justicia; en él, ni sombra de presunción, ni de orgullo, ni de ninguno de esos defectos que extravían á los hombres y los hacen desgraciados: la serenidad de su alma era la de un hombre de bien que tiene la seguridad de obrar de acuerdo con una regla superior. Tenía la verdadera piedad, la que proviene de tradiciones recibidas por el corazón, y seguía á la letra el precepto de Hillel: “Sed discípulos de Aarón, que amaba la paz.” El atroz egoísmo contemporáneo no había inva-

dido su casa, pues él—particularmente—no era egoísta. Había algo como ternura en el profundo sentimiento de afecto y de respeto que tenían por él sus colaboradores. Por su parte, había resuelto la gran dificultad de nuestro tiempo, que es atraerse numerosos subordinados á una obra común, y la había resuelto haciéndose amar de ellos, inspirándoles amor por el trabajo. Ah! si todos los grandes jefes industriales supiesen imitarlo, las plagas que nos devoran y que amenazan la vida misma de las sociedades modernas, desaparecerían rápidamente. Sobre todo entre los suyos era cuando se le veía tranquilo, feliz, seguro de revivir en una familia plenamente identificada con él. Cada mañana jugaba una hora con sus netezuelos, para gustar la intensa alegría de ver abiertas por un lado las ventanas de la vida cuando van cerrándose del otro. El culto que profesaba á su hermano, en vida y en muerte, provenía de la admiración que desde niño tuvo por la sorprendente inteligencia de Miguel; esa cabeza prodigiosamente lúcida, esa incansable actividad, lo subyugaban. No habría él creado la Casa, pero bien supo sostenerla y continuarla. Su raro juicio le hizo evitar todas las faltas, y—gracias á él—la grande empresa de publicidad fundada por Miguel siguió siendo poderoso instrumento al servicio de las letras francesas. Suaves eran para mí las horas que venía á pasar en mi gabinete: tengo necesidad de rectitud en los que me rodean, así como gusto de que las páginas en que escribo estén bien regladas. Mi mayor alegría al envejecer es repasar antiguos recuerdos. Adiós, querido Calmann!

Es, pues, la promesa hecha á un amigo ya muerto, lo que me sirve de excusa para presentar una vez más al público una de esas colecciones de trozos aislados, á que se acoge con harta frecuencia la pereza literaria de nuestro siglo. No me atreveré á sostener que el presente volumen ofrezca mucha unidad, com-

puesto como está casi íntegramente de fantasías sin importancia y de juicios cortos sobre materias literarias. No pocas veces me echo en cara el que á mi edad—cuando ya no debería ocuparme sino de verdades eternas—disipe algunos de los días que me están contados en recoger pensamientos que muchos calificarán de futezas. Pero lo que disminuye mi yerro es que no me he entregado á este trabajo sino después de haber terminado la obra seria de mi vejez, la *Historia del Pueblo de Israel*. Muchos lectores bondadosos me habían venido amonestando amistosamente para que me abstudiese de todo trabajo episódico hasta que no hubiese concluído esa obra, que completa la *Historia de los Orígenes del Cristianismo*. Siguiendo ese consejo, puedo hoy anunciar que la *Historia de Israel*, hasta la aparición del Cristianismo, está ya terminada. Mucho tiempo necesitaré todavía para corregir las pruebas, pero el fondo del libro está fijado, y si mañana sobreviniese mi muerte, la obra—con ayuda de un buen corrector—podría aparecer. El arco de puente que me faltaba por echar entre el Judaísmo y el Cristianismo, queda construído: en la *Vida de Jesús* traté de mostrar el majestuoso nacimiento del árbol galileo, desde el cuello de sus raíces hasta la copa, donde gorgean los pájaros del cielo, y en el volumen que acabé en el último verano, espero haber logrado exhibir el subsuelo en que germinaron las raíces de Jesús: así, pues, mi principal deber está cumplido. En la Academia de Inscripciones y Bellas letras, el trabajo sobre los rabinos toca también á su fin, y el *Corpus inscriptionum semitecarum* está en excelentes manos. Todo esto me produce una gran satisfacción interior y es lo que me ha inducido á creer que—después de haber pagado así casi todas mis deudas—siquiera podía distraerme un poco y entregarme sin escrúpulos á la alegre tarea de recoger estas *Hojas*, tan ligeras á veces. Mi tiempo ha sido tan bueno conmi-

go, me ha perdonado tantas faltas, que esta vez también—así lo espero—usará una vez más en mi favor de su indulgencia acostumbrada.

Me habría parecido que desertaba los problemas que deben ser obsesión de toda vida noble, si no hubiese dado cabida en este volumen—al lado de artículos que parecerán lugaces—á algunos ensayos de filosofía, particularmente á mi examen de conciencia, especie de balance filosófico, escrito en 1888. Después no he modificado gran cosa mi manera de considerar el Universo. Me convengo más cada día de que sabemos poquísimos de lo que más queríamos saber. En filosofía, hay que tener confianza en la bondad infinita y preservarse de vanos apresuramientos; nada se gana con importunar la verdad, solicitándola todos los días: ella es sorda y fría, y nuestro ardor no la conmueve. *Die neue Philosophie*. . . . *Die neuere Philosophie*. . . . *Die neueste Philosophie* * . . . Dios mío! cuán pueriles son estas ponderaciones! Por qué disputarse así la prioridad del error? Sepamos esperar: acaso no haya nada al fin, ó ¿sabemos acaso si la verdad no resultará ser triste? No nos demos tanta prisa en conocerla. Me disgusta la especie de agitación que atormenta á la juventud, que—por privilegio de su edad—debería ser tan serena: diríase que esos jóvenes no han leído la historia de la Filosofía ni el *Eclesiastés*. “Lo que ha sido, eso mismo será. . . .” Es inútil, hijos míos, procurarse dolores de cabeza para no alcanzar sino un cambio de error. Divertíos, puesto que tenéis veinte años; trabajad también. Si nada cierto tenemos en metafísica, en desquite la física, la química, la astronomía, la geología y la historia están repletas de revelaciones. Cuántas

* La nueva filosofía, la más nueva filosofía, la novísima filosofía.

cosas—que ya yo no sabré jamás—sabréis vosotros dentro de cuarenta ó cincuenta años! Cuántos problemas veréis resueltos! ¿Cuál será el desenvolvimiento del germen interior del emperador Guillermo II? ¿Qué acontecerá en el conflicto de las nacionalidades europeas? ¿Qué giro tomarán las cuestiones sociales? ¿Saldrá algo definitivo del movimiento socialista propiamente dicho? ¿Cuál será la suerte próxima del Papado? ¿Cuánto siento morir antes de haber visto algo de todo eso, sino sólo por congetura; mientras que vosotros contemplaréis esos enigmas yá como hechos cumplidos!... Dicen que existen en el Líbano viejos testamentos árabes en que el difunto pone por condición á sus donaciones que el legatario vaya á advertirle en su tumba cuándo los franceses sean dueños del país. Pienso á veces, efectivamente, que hay tal noticia que—deslizada furtivamente á mi oído en mi sepulcro—podría hacerme estremecer hasta el punto de resucitarme. Pero he leído tantas ocasiones en la Biblia que en el fondo del *scheol* nada se columbra de lo que acaece en la tierra, que nada se oye, que allí no se acuerda uno de nada!... No, definitivamente, no pondré ninguna cláusula de ese tenor al pie de mi testamento.

¿Por qué revelarse contra verdades tan antiguas como el mundo? ¿Ayer no más fué, por ventura, cuando se descubrió que el hombre es criatura frágil y perecedera? No soy por cierto de esos de quienes habla el profeta: *qui nihil paciebantur super contritione Joseph*. Cuánto compadezco á ese pobre José, y cuánto más á los jóvenes roídos por un pesimismo que no quiere ser consolado. En muchas tumbas antiguas se lee esta inscripción: “Ánimo, querido Fulano; nadie es inmortal: el mismo Hércules murió.” Acaso parezca un poco ineficaz el lenitivo, y sin embargo es real: Marco Aurelio, hijos míos, era bien superior á todos nosotros en bondad, y no obstante se contentó con tal

consuelo. ¿ Creímos acaso alguna vez que no moriríamos? Mu-
ramos tranquilos en la comunión de la humanidad y de la reli-
gión del porvenir. La existencia del mundo está asegurada por
largo tiempo. Francia, en su aturdida marcha de cometa, saldrá
quizá de sus afanes mejor de lo que ciertos indicios nos inducen
á pensarlo. El porvenir de la ciencia está garantizado, puesto
que en el gran libro científico todo se suma y nada se resta ni
se pierde. *El error no funda nada, porque ningún error es dura-
dero.* Permanezcamos tranquilos, y esperemos que antes de mil
años la tierra habrá hallado el sucedáneo del carbón de piedra
agotado, y—hasta cierto punto—el de la virtud disminuída.

Sobrevendrán días malos. Los valores morales bajan, es cosa
segura; ya casi desaparece el sacrificio, y se ve venir á paso
largo el día en que para todo se procederá por sindicatos y en
que el egoísmo organizado reemplazará la abnegación y el amor.
Nuestro siglo ha creado maquinarias materiales cada vez más
perfeccionadas, sin caer en la cuenta de que el funcionamiento
de esos aparatos supone cierto grado de moralidad y de con-
ciencia. Ocurrirán extrañas tiranteces. Las dos únicas cosas que
hasta aquí han resistido á la caída del respeto, el Ejército y la
Iglesia, serán bien pronto arrebatadas por el torrente general.
Mas no importa: los recursos de la humanidad son infinitos. Las
obras eternas se llevarán á cabo sin que el manantial de las
fuerzas vivas se agote nunca ni deje jamás de remontar á la su-
perficie. La ciencia, sobre todo, continuará asombrándonos con
sus revelaciones, que pondrán lo infinito del espacio y del tiem-
po en vez de ese creacionismo mezquino que ya no satisface ni
á la imaginación de un niño.

¿ La necesidad de conciencia eterna que nos atormenta es, por
otra parte, una simple ilusión? No, de ninguna manera: en se-
mejante materia, las negaciones formales son tan temerarias

como las afirmaciones rotundas, y así como las paralelas se cortan en lo infinito, la Religión es también verdadera en lo infinito. Cuando Dios esté completo será justo. Estoy convencido de que llegará un día en que definitivamente se crea que el mejor partido es la virtud; mientras tanto, permanezcamos firmes y soportemos las burlas de los que se creen más avisados: *el mérito está en afirmar el deber contra la apariencia evidente*. Si la virtud fuese siempre una buena colocación de fondos, los hombres de negocios—que son muy sagaces—lo habrían notado hace tiempo y serían todos virtuosos. Pero nó, es una mala colocación en el orden finito, mas en lo infinito las contradicciones se borran y las negaciones se desvanecen.

Nada nos demuestra que exista en el mundo una conciencia central, una alma del universo, pero nada prueba tampoco lo contrario. No se observa en el universo ningún signo de acción reflexionada, querida, y puede afirmarse que hace millares de siglos no ha habido acción de ese género. Pero millares de siglos no son nada en lo infinito; lo que llamamos largo es cortísimo con respecto á otra medida de magnitud. Cuando el químico ha dispuesto una experiencia que debe durar un año, no vuelve á tocar sus aparatos durante el tiempo fijado; todo lo que ocurre en el fondo de las retortas está regido entonces por las leyes de la inconciencia absoluta, lo cual no impide que una voluntad haya intervenido al comienzo de la experiencia é intervenga al fin. Millones de microbios han podido producirse en el aparato durante el intervalo, y si ellos tuviesen inteligencia suficiente, ¿podrían llegar á decir: “Este mundo no está regido por ninguna voluntad particular?” Tendrían razón para afirmarlo acerca del corto período entregado á sus observaciones, pero se engañarían en cuanto al conjunto de la operación. ¿Y no seremos, por ventura, los microbios de algún inmenso experimen-

to universal? Lo que llamamos tiempo infinito no es probablemente sino un minuto entre dos milagros. "No sabemos": eso es lo único claro que podemos decir respecto á lo que exista más allá de lo finito. No neguemos nada, no afirmemos nada, esperemos; mas, por lo mismo, dejémosle campo en los funerales al incienso y á la música. Una inmensa depresión moral, y acaso también intelectual, sobrevendría el día siguiente al en que la Religión desapareciese del mundo. Podemos algunos prescindir de religión porque hay otros que la tienen en nuestro reemplazo. Los que no creen son arrastrados por la masa más ó menos creyente; pero el día en que esa masa carezca ya de empuje, los mismos valientes irán con flojedad al asalto. Se sacará mucho menos partido de una humanidad que no crea en la inmortalidad del alma, que de otra que sí crea en ella. El hombre vale en proporción del sentimiento religioso que traiga consigo desde su primera educación y que perfume toda su vida. Las personas religiosas viven de una sombra; nosotros, de la sombra de una sombra: de qué se vivirá después?

No disputemos sobre la dosis ni sobre la fórmula de la religión: limitémonos á no negarla y conservemos la categoría de lo ignoto y la posibilidad de soñar. No conviene que la ruina, ya hoy inevitable, de las llamadas religiones reveladas, arrastre consigo la desaparición del sentimiento religioso. El Cristianismo nos ha tornado demasiado exigentes y difíciles de contentar: queremos el Cielo, nada menos, y lo queremos á la fija; limitemos nuestra ambición y codicia á menores provechos. Hace algunos años, el señor de Rosthschild sostenía con vivacidad en el Consistorio israelita, la doctrina de la inmortalidad del alma, y un sabio judío de la más antigua escuela, que me contaba el caso, agregaba esta reflexión: "Cómo se entiende? Un hombre tan rico. . . . querer todavía por adéhala el Paraíso! Que nos deje eso siquiera para los pobres diablos."

La Edad Media tenía á este respecto opiniones notablemente filosóficas. Los animales eran entonces mejor tratados, en cierto sentido, que los hombres. Como éstos tenían la vida eterna, debían soportar aquí abajo todas las injusticias sin quejarse; pero las bestias, para que la justicia de Dios les alcanzase en equilibrio, debían recibir en este mundo la recompensa del bien que hubiesen obrado. Cuentan que ciertas religiosas habían educado una corza para la devoción de la Virgen: el animalito se arrodillaba en un reclinatorio, delante de la santa imagen, y parecía lleno de piedad. Pero como las corzas no tienen alma inmortal, ni pueden por consiguiente entrar al Paraíso, las religiosas se esmeraban en que su protegida gozase en este valle las dulzuras que había merecido: en consecuencia, la atiborraban de confituras. Casi lo mismo se lee en las Vidas de los Padres del desierto: el león que San Antonio hace venir para enterrar á San Pablo, trabaja escarbando la sepultura con sorprendente ardor; como salario San Antonio le da su bendición, la cual produce como efecto inmediato hacerlo tropezar con un cordero al cual devora. En esta historia, la justicia distributiva queda satisfecha en cuanto al león, pero ¿podrá decirse otro tanto con respecto al cordero? Me parece que no; pero también es claro que no hay en toda la organización del mundo la mínima huella ni señal de justicia para los carneros.

Como la cierva de las religiosas, habituémonos á contentarnos con golosinas, á falta de algo mejor y más nutritivo. Seamos austeros para con nosotros mismos, pero no empobrezcamos la vida. Acerca de esto, no demos oídos á los refinamientos literarios de nuestros días; no privemos de sus alegrías á la humanidad: gocemos viéndola gozar; el ajeno contento es gran parte del propio, pues constituye esa gran recompensa de la vida honrada, que es la satisfacción interior.

Mucho me han censurado que predique con tanta insistencia esta religión, fácil en apariencia, y en realidad la más difícil de todas. No es de humor alegre quien quiera: se requiere para ello pertenecer á una antigua raza, no fatigada ni desengañada, y se requiere también estar satisfecho de la vida. La mía ha sido lo que quería, lo que concebía como mejor, y si hubiera de comenzarla de nuevo, no le cambiaría gran cosa. Por otra parte, temo poco del porvenir: tendré mi biografía y mi leyenda. Mi leyenda?... Habiendo cultivado un poco el trato de los escritores eclesiásticos, podría trazarla de antemano. Las leyendas de los enemigos de la Iglesia oficial están todas vaciadas por un mismo molde, cuya base obligada es el fin trágico que el libro de los *Actos* atribuye á Judas Iscariote (*crepuit medius*); así acabaré yo, para una parte de la tradición: de un modo combinado de Ario y de Voltaire. Dios mío! Cuán negro me pondrán! tanto más negro cuanto que la Iglesia, cuando se sienta perdida, acabará por ser perversa y morderá como perro rabioso.

A pesar de todo, tengo confianza en la razón; la parte ilustrada de la humanidad, única cuyo juicio me importa, tendrá por mí alguna estimación. Dentro de quinientos años, la comisión de la *Historia literaria de Francia*, en la Academia de Inscripciones y Bellas letras, redactará mi noticia biográfica. Cier to que tendrá que discutir singulares documentos: leerá—en libros aprobados por la Iglesia—que el señor de Rosthschild me pagó un millón por escribir la *Vida de Jesús*, y otro tanto el emperador Napoleón III, quien—habiéndome destituido más tarde—me dio una rica pensión sobre el *Journal des Savants* (á cuya Redacción no entré sino en 1873, con un sueldo fijo de 500 francos). La Comisión desenredará y atará esos cabos como mejor pueda, según las reglas de la crítica, y estoy seguro que su dictamen hará ley para con las gentes sensatas del porvenir.

Verdaderamente no temo sino los textos apócrifos. Ya hay una masa considerable de frases, ocurrencias y anécdotas que se me atribuyen y que hacen el gasto de la prensa católica. El clero hace siempre, en general, citas de segunda mano, pues como compra pocos libros, busca sus fuentes de información en revistillas clericales de bajo coturno. Ya casi todo lo que los polemistas religiosos dan como mío, anda sofisticado ó lleno de contrasentidos. Suplico, pues, á los amigos de la verdad que no admitan como legítimo sino lo que contengan los volúmenes publicados por la Casa Lévy. En la época en que salió á luz la *Vida de Jesús*, ciertos periódicos pagados por los jesuitas publicaron pretensos autógrafos míos, contra los cuales jamás he reclamado. Precisamente ahí es donde la comisión de la *Historia literaria* del siglo XXIV, hallará ocasión de mostrar su sagacidad. Que si la crítica, en vez de hacer progresos, viniese á debilitarse... entonces estaría yo irremisiblemente perdido; mas también, si la humanidad está destinada al cretinismo, maldito lo que me cura de su estima: puedo pensar de mí todas las necedades que quiera, y mejor si es desde ahora.

Y luégo, quinientos años son cosa larga. El hombre tiene acerca de la muerte ideas tan infantiles que se figura estar menos muerto cuando lo entierran que cinco siglos después, ni tanto nos cuidamos de lo que se dirá de nosotros al cabo de ese tiempo, como de lo que se escribe ó perore el día de nuestros funerales, día en que nos consideramos vivos todavía, como si fuéramos el héroe dormido de la fiesta. Ah! Dios mío!...

Alguna vez referí cómo cierta persona piadosa, de los lados de Nantes, que creía positivamente que yo vivía en medio de fiestas, orgías y disipaciones, me escribía sin falta todos los meses una carta con estas solas palabras: *Hay infierno*. Esa persona, cuya buena intención agradezco, nunca me asustó—sin em-

bargo—tanto como ella pensaba. Querría yo estar seguro de que hay infierno, porque prefiero esa hipótesis á la de la nada. Son de sentir muchos teólogos que, para los condenados vale más ser como son que no ser en absoluto, y que esos desventurados son quizá accesibles á más de un buen pensamiento. En cuanto á mí, imagínome que si el Eterno, en su severidad, me enviase desde luego á ese pésimo paraje, conseguiría salirme de allí: enviaría á mi Creador súplicas tales que lo hiciesen sonreír, y los razonamientos que le haría para probarle que sólo por su culpa me había condenado, serían tan sutiles que le costaría no poco trabajo rebatírmelos satisfactoriamente. Acaso al fin se resolviese á admitirme en su santo Paraíso, donde por cierto debe uno aburrirse prodigiosamente; . . . como entre los hijos de Dios no dejase entrar de vez en cuando al *Satán*, al crítico, para desarrugarle un poco el ceño á la asamblea. . . .

Para decir verdad, como ya lo he dejado comprender, el lote que—en toda justicia—me sentaría mejor, no sería el Infierno sino el Purgatorio, lugar melancólico y encantador, donde los que tienen alguna pena correccional que purgar, estarán cómodamente alojados mientras les llega su quita ó su mora y espera. Figúrome el Purgatorio como un inmenso parque ó alameda, iluminada por una luz polar y cruzada de sombríos carpedales; comarca donde se depuran los amores comenzados en la tierra mientras sobreviene su completa eterización. Cuántas novelas exquisitas se desenlazarán allá! ¡Y qué poca prisa gastará uno por salir, vista—sobre todo—la falta de atractivos del Paraíso! Lo que á veces no me hace desear mucho ese lugar de delicias, es su monotonía. Podrá uno cambiar de puesto? Eso es lo que me preocupa, porque, Dios mío! qué pronto agotará uno á su vecino ó vecina! Las peregrinaciones de planeta en planeta me vendrían como de perlas, pero no así á las viejas devotas, que

—según parece—forman la gran mayoría de los elegidos. Que se haga la voluntad de Dios!

Cuando mi primer viaje á Siria, recibí hospitalidad en una patriarcal casa del Líbano, donde vivía un anciano de alta piedad, que concibió por mí entrañable afecto. Cuando apareció la *Vida de Jesús*, oyó muchos sermones contra mí y entró en grandes dudas; para soltarlas, dirigióse á su hijo Domingo, sujeto muy al corriente de las cosas francesas y que me había acompañado en mis viajes: “Dime, hijo, le escribía, cuáles son los errores del señor Renán. Pero procedamos por orden; entre las cosas que hay que creer, lo primero es Dios Padre; veamos: cree Renán en Dios Padre?—Oh! sí, le respondió Domingo: en ese punto es de una solidez á toda prueba.—Pues sabes que ya eso es mucho, hijo mío? Pero mucho!” contestó el anciano.

No renunciemos, pues, á Dios Padre, ni neguemos la posibilidad de un día final de justicia. Qué queréis que hagan, sino levantar los ojos al cielo, una mujer pura acusada injustamente, una inocente víctima de un error judicial irreparable, un hombre que muere al ejecutar un acto de abnegación, un sabio asesinado por soldados bárbaros? Dónde buscar el testigo verdadero, sino es en lo alto? Jamás he pasado por una de esas situaciones trágicas en que Dios es en cierto modo el confidente y consolador necesario; pero aún en nuestras vidas apacibles, en que las grandes pruebas son raras, cuántas veces sentimos la necesidad de apelar á la absoluta verdad de las cosas, y decirle: “Habla, habla!” Acaso los instantes de ese género son los en que estamos en lo cierto. Pero lo inaudito es que nada nos ha indicado jamás que nuestra protesta conmueva á algo ó á alguien. Cuando Nembrot lanzaba sus flechas al cielo, volvían á caerle á los pies ensangrentadas, pero para nosotros no ha habido respuesta alguna. Oh, Dios! á quien adoramos á pesar nues-

tro, á quien oramos veinte veces al día sin saberlo, tú eres verdaderamente un Dios oculto!



Querría que esta obrita produjese en el lector goce igual al que gusté componiéndola. Viene ella á completar mis *Recuerdos*, y mis recuerdos son parte esencial de mi obra intelectual: sea que aumenten ó que disminuyan mi autoridad filosófica, explican y muestran el origen de mis juicios, ya se les califique de verdaderos, ya se les tache de falsos. Mi madre, con quien fui tan pobre, y á cuyo lado trabajé horas enteras, no interrumpiendo mi tarea sino para decirle: “Mamá, está usted contenta de mí?”; á mis amiguitas de infancia, que me encantaban con su discreta gentileza; mi hermana Enriqueta, tan elevada, tan pura, que—á los veinte años—me arrastró al camino de la razón y me tendió la mano para dar un paso difícil: todas ellas perfumaron el comienzo de mi vida con aroma que durará hasta la muerte. Fui educado por mujeres y por clérigos, y en esto está la explicación de mis cualidades y de mis defectos. En Bretaña, las mujeres son superiores á los hombres, los regañan y los tratan con altanería. También los clérigos tuvieron en otro tiempo gran superioridad sobre los laicos, de tal modo que á veces las mujeres amaban más á un cura que á su marido, horradamente, se entiende. La especie de embarazo ó perplejidad que siento con los que no están dedicados á las cosas intelectuales ó morales, proviene del desprecio que mis maestros me inspiraron por los laicos; hay en mi desmaño desdén de clérigo y desdén de mujer, y en mi manera de sentir soy mujer por los tres cuartos.

En todo el curso de la vida lo persiguen á uno cabezas de niñas que vimos á los diez y seis años: ved por qué vuelvo sin cesar los ojos á esas viejas imágenes, ya casi desvanecidas y esfumadas. Si yerro en eso, es la indulgencia del público para con mis *Recuerdos de infancia* lo que me ha inducido á errar, aunque debo decir que mi filosofía entra también por algo en el hecho. Páreceme que en muchas cosas los hombres de mundo, con su buen sentido aparentemente superficial, tienen razón contra los hombres de escuela, pues ven mejor los conjuntos vivientes. Ningún filósofo se ha ocupado jamás del amor, y por mi parte, persisto en creer que el amor es un misterio extraño y la más evidente de nuestras ataduras con el universo. En este punto, estoy repleto de discursos y querría sin cesar volver á desarrollar lo que ya tantas veces he explicado menudamente.

Pero, se me dirá: ¿Cómo habla usted siempre de lo que tan escasamente conoce? Oh! aquí es ocasión de protestar. En estas materias, ser demasiado conocedor y práctico equivale á ser incompetente. El milagro más conmovedor de la Edad Media es el que Gualtero de Coinci refiere de aquel pobre diácono de Laón que padecía indecibles tormentos por mantener su voto de castidad; acosado un día por la tentación, se durmió todo lloroso y acongojado: la Virgen se le apareció durante su sueño, puso sus pechos al alcance de sus labios, y lo dejó beber de su leche. Esa divina ambrosía lo curó para siempre, y bien pudo—después de tal ensueño de amor—prescindir de la realidad por todo el resto de su vida.

La piedad del siglo XVII, tan diferente de la medioeval, tuvo un sentimiento análogo. Arnauld tenía razón—y los jansenistas con él—en su libro *De la frecuente comunión*, cuando afirmaba que el abuso de ella le quita el gusto y disminuye su sabor. Otro tanto puede decirse del amor: los que mejor hablan

de él son los que menos han abusado de sus placeres, y que lo consideran como un acto religioso. Sí, un acto religioso, un momento sagrado, en que el hombre se eleva por sobre su habitual mediocridad, ve sus facultades de goce y de simpatía exaltadas al colmo y del mismo golpe trasmite la vida! Conmovedora y tierna aberración! El amor es tan eterno como la religión, como que es la mejor prueba de Dios; el amor es nuestro cordón umbilical con el mundo, y nuestra verdadera comunión con lo infinito.

Padre Celeste, te doy gracias por la vida. Me ha sido ella suave y preciosa, rodeado de seres excelentes que ni un momento me han dejado dudar de tus designios. Cierto que no he vivido sin pecado: he tenido los defectos de todos los hombres, pero—digan lo que quieran los que se intitulan sacerdotes—no he cometido muy malas acciones. He amado la verdad y hecho sacrificios por ella. He deseado tu día, y creo aún en su venida. Cuando mis antiguas creencias se desvanecieron, en vez de llorar y encolerizarme contra tí, tomé el partido de hacer de tripas corazón: llorar habría sido cobardía, e irritarme contra tí, el mayor de los absurdos.

ERNESTO RENÁN.



UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

DISCURSO

PRONUNCIADO POR RAFAEL URIBE U.

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

EN EL CENTENARIO DEL GENERAL

Biblioteca

Sala de Patrimonio Documental

LIBORIO MEJIA

CELEBRADO EN RIONEGRO EL 24 DE JULIO DE 1992

UNIVERSIDAD
EAFIT[®]

Biblioteca
Sala de Patrimonio Documental

DISCURSO

PRONUNCIADO EN EL CENTENARIO DEL GENERAL LIBORIO MEJÍA *

Señores :

No esperéis que venga á modular aquí frases musicales, castizas y rotundas, como aquellas que el orador Hortensio articulaba en la tribuna romana, haciéndose acompañar de la flauta de su esclavo ; ni penséis que venga á pronunciar ante vosotros palabras "suaves como seda," cual quería Parisatis que fuesen las que le dirigieran á su hijo Ciro, rey de Persia. Quiero, al contrario, aprovechar esta grande ocasión para proclamar, con voces ásperas, nociones ya casi olvidadas, en medio de la actual molicie, y ver de aguijonear con ellas—en algunos siquiera—la conciencia del deber. Para despertar al pueblo de su ensueño, quién me diera poder lanzar el grito de Marte herido por Diomedes, y que—dice Homero—resonó en las llanuras de Ilión como el clamor de diez mil guerreros ; quién me diera, al menos, el gesto adusto y la voz de trueno de Dantón, cuando desde las alturas de la Montaña señalaba los peligros de Francia. Alzaré sólo quejas débiles que acaso á nadie conmoverán ó que serán ahogadas entre el rumor de la multitud, pero me quedará la satisfacción de que en vez de períodos iluminados con los colores de una falsa retórica, os haya dejado escuchar alguna vez los acentos de la austeridad republicana.

Empecemos, señores, por sentar una verdad, ó mejor dicho, un orden de verdades. En la conducta del hombre respecto del cumplimiento del deber, no hay sino cuatro hipótesis posibles : ó lo ve, y á sabiendas lo desconoce, obrando precisamente lo contrario, y eso lleva unas veces nombre de crimen, y otras de

* Este discurso fué escrito la noche antes del Centenario. En la rapidez de la composición, el autor no supo ó no quiso prescindir de algunos rasgos de Montaigne, su lectura predilecta, y en la cual sus palabras y sus actos se informan, como ahora dicen.

traición é infamia; ó lo ve, y descuida cumplirlo, permaneciendo en la inacción, por doblez de carácter, por indolencia ó por cobardía; ó lo ve, y apenas se limita á llenarlo; ó, en fin, lo ve y no se contenta meramente con cumplirlo, sino que traspasando las restringidas lindes de su obligación, se entra con esfuerzo sobrehumano por el campo sin límites de la abnegación y el sacrificio. Sobre los que obren de los dos primeros modos, caigan la reprobación y el desprecio social, y—si estuvieron en primera línea—alcánzenles los furios de la Historia; borre el olvido indiferente la débil huella de quien apenas cumplió con su deber; y no reserve la posteridad sus lauros sino para los héroes y los mártires como Liborio Mejía.

Bien es que no estamos obligados á más de aquello á que alcancen nuestros esfuerzos y medios, ni es dado á cada uno vivir en Corinto; por eso, y porque los efectos y ejecuciones no están en nuestro poder, sino que verdaderamente lo único que de nosotros depende es la voluntad, en ella se fundan y sobre ella se establecen necesariamente todas las reglas del deber del hombre. Mas no por eso dejaré de decir que el honor, así como la virtud, es privilegio cuya principal esencia la constituye la rareza. No se recomienda á un hombre porque cuide de la alimentación y crianza de sus hijos, porque ese es su deber, y acción común aunque justa; ni es de aconsejar á las damas que llamen honra lo que es meramente abstención de delinquir. Estar simplemente dotado de un carácter fácil y benigno, alejado por sí mismo de los desórdenes y el vicio, parece que sea parte á hacer calificar á un hombre de *inocente*, pero no de *virtuoso*, de exento de hacer mal, no de apto para obrar el bien; fuera de que esa condición se avecina tanto á la debilidad é imperfección femeninas, que no sé cómo deslindar sus confines: por esta razón los nombres mismos de *bondad* y de *inocencia* son de ordinario despectivos. *Virtud* no es desfallecimiento físico, ni es

estupidez; *virtud* no es falta de aprehensión ó de juicio: *virtud* es virilidad, es la obra esforzada del varón de bríos y de audacia.

De ahí que inspiren tanto desdén esas biografías de hombres á quienes se califica de próceres é ilustres y de acreedores á la veneración nacional, sólo por la larga lista de empleos que desempeñaron puntualmente y cuyos sueldos cobraron aún más puntualmente; y que más desdén despierten todavía esas hojas de servicios, tan pronto prestados como pagados, y consistentes en ascensos de guarnición, ó por haber asistido de lejos á algún tiroteo de que salieron ilesos, por supuesto: esas almas enanas y mezquinas, que van contoneándose y que piensan que su nombre debe ser proclamado por la resonante trompa de la Fama, á causa de haber fallado un pleito conforme á derecho, ó de haber montado un cuerpo de guardia, ó de haber remendado un lienzo de pared, ó desviado un albañal público; éstas muestran más su pequenez mientras más se empinan para alzar la cabeza. Ah! nó; la Fama no se prostituye á tan vil precio: las acciones raras y ejemplares, únicas á quienes es debida, no sufren la compañía de esa innumerable multitud de accioncillas callejeras, oficinescas y vulgares; ni siquiera el renombre es premio á todo acto de virtud, si la dificultad extraordinaria no fué de par con él.

Ahora bien: pudo Liborio Mejía no sustraerse á la dulce sombra del techo paterno y permanecer allí al abrigo mientras pasaba la borrasca; pudo á su vez formar un hogar dichoso en que brillasen las plácidas virtudes de esposo y padre amante; pudo haber así alcanzado larga edad y cumplido al modo ordinario, en el bonancible curso de su vida, sus deberes de ciudadano; pudo hacer más: salir á campaña, por el gusto de lucir el cuerpo airoso y gallardo bajo el uniforme marcial, pero esquivando el peligro por uno de los mil medios que al hombre práctico presenta esa hipocresía de la guerra, en que cada uno pue-

de hacer buen rostro por de fuera, lleno por dentro de fiebre y de terror; todavía pudo ser un militar valiente como tantos, orgulloso, altanero é inclemente en la victoria, pero débil y abatido en los reveses; ó bien, vencido y prisionero, pudo humillarse —como Fernández Madrid— ante el feroz Pacificador, y pedirle la limosna de la vida, achacando su conducta á imprudencias de la mocedad; y pudo más, en fin: tras una brillante vida de hazañas y proezas, pudo un momento estremecerse ante el horror de la muerte en el patíbulo. Ah! sí, pudo hacer todo eso; mas entonces no aparecería su nombre grabado tan alto en los obeliscos de la Historia, al lado del de Ricaurte, del de Girardot y del de Córdoba; entonces esta su patria no estaría hoy orgullosa de haberlo producido; entonces no estaríamos congregados aquí al través de un siglo de distancia, sobrecogidos de admiración ante la bizarra y heroica figura de este hermoso maneebo de veinticuatro años.

Pero nó: Mejía no se hizo sordo al clamor de sus hermanos oprimidos; con las armas en la mano combatió la tiranía, y no como quiera, sino con el único valor digno de loa: el valor interior del varón seguro de sí mismo. La valentía, primera virtud que apareció entre los hombres, y resumen de todas las demás, como lo es la castidad en las mujeres; la valentía, madre y nodriza de la Libertad y de la dignidad humanas; la valentía es firmeza, nó de brazos y piernas, sino de ánimo. Con frecuencia oímos graduar de actos de valor, lo que no debe atribuírse á más que á vigor de músculos. Es cualidad de mozo de cordel —no de hombre virtuoso— tener pecho robusto y nervios rudos, como es cualidad muerta y corporal la buena disposición física, y como es mero dón de la naturaleza la fuerza intèlectual. La estimación y precio de un hombre consiste en el predominio sobre su voluntad: allí es donde finca su honor. Si lo contrario pensáis, no os parezca extraño que al que ayer vísteis tan arres-

tado, mañana lo veáis tan poltrón: la cólera, el aprieto de la necesidad, la negra honrilla ante los espectadores, el vino, el olor de la pólvora, un toque de corneta, el tumulto del combate, le enardecieron el corazón, y como no era un ánimo natural ni formado por discurso, sino fortuito y espoleado por las circunstancias, no os maraville si á poco andar lo véis convertido en otro, por circunstancias contrarias. Mil pruebas podría dar de que el denuedo de Mejía fué del bueno, ó mejor, del único que tal nombre merezca. Otros le pinten victorioso en *El Palo* y demás combates favorables; pláceme á mí reproducir su espléndida figura en el momento en que Fernández Madrid, en vez de preferir caer con honra, desespera de la suerte de la Patia, trueca el bastón de mando por el bordón del peregrino y se dirige á embarcarse en la Buenaventura. Mejía, proclamado Presidente en ausencia de García Rovira, no arroja á su vez la insignia del mando ni se descifne la espada de Jefe: recoge antes bien el estandarte caído; en Consejo de Oficiales y anticipándose algunos años al Libertador, reconoce que los tiranos están fuera de la ley, declara la guerra á muerte, y echando luégo sobre sus hombros el cuerpo agonizante de la República, arremete contra las trincheras de Sámano, y por su arrojo asombroso hace un momento suya la victoria; vencido, no desmaya: se revuelve impávido con el puñado de valientes que le resta, cruza la Cordillera concibiendo nuevos planes, y al estrellarse en la Plata contra Tolrá, una vez más lo traiciona la fortuna y es hecho prisionero. Bien pudo el héroe vencido, al caer en la llanura polvorienta del Tolima, escribir con la punta de su acero—como Kociusko sobre las nieves de su patria—*Finis Colombia!* Pero el verdadero vencer tiene por distintivo el esfuerzo, no el buen éxito ni la salvación, y consiste el honor de la virtud en *combatir* no en *batir* el enemigo. Más afortunado que el héroe polaco, Mejía pudo desde la cumbre de su cadalso ima-

ginar la radiosa visión de la libre Patria futura, entreoyendo acaso hacia las pampas orientales el lejano galope de los escuadrones vengadores.

Ahora, ciudadanos, veámosle morir. La honra de la vida, aun considerada como obra propia, no debe jamás atribuírse al hombre hasta que no se le haya visto representar el último acto de su comedia, sin duda el más difícil. En todo lo demás puede haber habido mascarada: pero en ese último papel entre nosotros y la muerte, no hay más fingir: hay que hablar castellano y mostrar lo que haya bueno, recto y firme en el fondo del puchero. Ese rasgo final es piedra de toque para las otras acciones de la vida; es el gran día, el día juez de los demás, el día—dice un antiguo—que pone en su punto los años pasados. Preguntado Epaminondas sobre á cuál de los tres estimaba más valiente, de Cabrias, Ificrates y él mismo, contestó: “Es necesario vernos antes morir, para resolver el caso.” La muerte es, pues, sin duda, la más notable acción de la vida humana. Mas el que muere en la refriega, con las armas en la mano, no estudia entonces la muerte, no la siente, no la considera: el ardor del combate lo arrebató, y si ella lo asalta de improviso, es acaso en el punto mismo en que pensaba escapar de ella. Donde comparece el verdadero temple del alma es en el sentimiento de una larga muerte, de una muerte rumiada con lentitud, de una muerte que viene paso ante paso á nuestro encuentro en la fuerza de la vida. Tál la de Liborio Mejía. ¿Viósele temblar ante los Consejos de Guerra? ¿Se ensombreció su continente ante la ignominia del patíbulo? Acicalado como quien va al hallazgo de su prometida ¿vaciló su paso desde la prisión hasta el banquillo? Nuevo Macabeo, ¿flaqueó porque el bárbaro español—con crueldad inhumana—obligase á la infeliz madre á presenciar el suplicio de su hijo? Nó; esa muerte fué digno coronamiento de tal vida, acaso la más completa y pura que en tan cortos años vivió jamás hombre alguno.

BIBLIOTECA

Universidad EAFIT



100125824

SALA DE PATRIMONIO
DOCUMENTAL

Centro Cultural Biblioteca
Luis Echavarría Villegas

FAES

Y ahora, ciudadanos, ¿cuál es la enseñanza que debemos deducir de esta muerte y de esa vida? Dice Plutarco que los habitantes de Asia servían—como aún sirven—á un amo por no saber pronunciar esta sola sílaba: *nó*, y que la ignorancia de tan corta palabra era—como es—la base de la servidumbre voluntaria. Nuestros padres nos enseñaron á pronunciar ese monosílabo con la espada y con los labios; hemos olvidado tal lección, y por eso no sé si días como éste—antes que de regocijo—debieran serlo de tristeza, pues

Che il ricordarsi il ben doppia la noia,

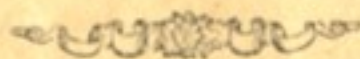
ó como lo dijo nuestro poeta regional:

*Ay! que el recuerdo del placer perdido
Aumenta la fuerza del dolor.*

Si arrastrándonos hoy por el limo de la tierra, no dejamos aún de notar hasta en las nubes la altura y grandeza de las almas heroicas, nuestro dolor se agrava y el contraste se sublima. Al agua estancada, productora de miasmas, los próceres prefirieron el torrente desatado que todo lo quebranta y arrebató: rocas, árboles, sembrados, habitaciones y hombres: de éste, al menos, pensaron que llegado al llano se podría tornar en corriente fertilizadora. A la paz y quietud de la tiranía prefirieron esos héroes las agitaciones de la revolución. Nosotros, que yá no somos hombres, sino abortos de hombres, presentamos el ejemplo de un pueblo abandonado á la superstición y al ciego respeto por la autoridad; de un pueblo que ha abdicado sus propias funciones, excusado toda responsabilidad, renunciado á cumplir sus más altos deberes y rebajándose á servir de instrumento pasivo á las voluntades del solio y del altar.

No entiendo, sin embargo, darles á mis palabras el carácter de lo que ahora se llama una predicación subversiva. Vengo á aconsejaros “que adelantéis vuestra causa por el uso perseverante

y pacífico de los medios de ilustración que tengáis á vuestro alcance, por la constante exaltación de vuestro derecho desconocido, y por la oportuna y mesurada demostración de los peligros que amenazan á las situaciones tirantes. Tal es la armonía de los intereses sociales, que no hay jamás sacrificio para nadie cuando se hace justicia á todos, y es esa armonía la que tendréis necesidad de poner en claro, mostrando su error y su ceguedad á los intereses abusivos, para que desciendan al nivel de los intereses justificados y universales. En lo que nunca deberéis consentir en lo absoluto y sin esperanza alguna, es en el sacrificio del derecho individual, condición esencial de vida y desarrollo en el ente humano." * Individuos modernos, compuestos de derechos y deberes, si en absoluto y sin esperanza alguna se os llega á vedar que ejercitéis los primeros y cumpláis republicanamente los segundos ; si en absoluto y sin esperanza alguna se os impide que ejerzáis la función del sufragio, se limita arbitrariamente vuestra propiedad, y se oprime vuestra conciencia en el hogar, en el templo, en la escuela, en la calle y en el cementerio ; entonces, como cada uno de vosotros no será ya el hijo del siglo, el ciudadano libre, sino la bestia no clasificada que uncen á su carro los tiranos ; si entonces, en medio de vuestra abyección, os queda todavía una chispa de dignidad y de altivez ; como entonces habréis recuperado el derecho primitivo de la defensa personal para reintegrar vuestro organismo individual menoscabado ; entonces, como Liborio Mejía, cumplid, ciudadanos, vuestro deber á toda costa.



* Justo Arosemena, CONSTITUCIONES POLÍTICAS.